

José Murilo de Carvalho

La formación de las almas
El imaginario de la República en el Brasil

Traducción: Ada Solari

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Ing. Julio M. Villar

Vicerrector
Lic. Ernesto Villanueva



UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

1. Utopías republicanas*

La conferencia pronunciada por Benjamin Constant en 1819, en el Athénée Royal de París, puede servir de punto de partida para la discusión sobre los modelos de república existentes al final del siglo XIX. Se titula "De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos". En ella el termidoriano Constant, enemigo de los jacobinos pero también de Napoleón, atribuía los males de la Revolución de 1789 a la influencia de filósofos como Mably y Rousseau, defensores de un tipo de libertad que ya no se adaptaba a los tiempos modernos.¹ La libertad defendida por aquellos filósofos, y adoptada por los jacobinos, había caracterizado a las repúblicas antiguas de Atenas, Roma y, en especial, Esparta. Era la libertad de participar colectivamente en el gobierno, de la soberanía, era la libertad de decidir en la plaza pública los negocios de la república: la libertad del hombre público. En contraste, la libertad de los modernos, la que convenía a los nuevos tiempos, era la libertad del hombre privado, la libertad de movimiento, de

* Una versión modificada de este capítulo fue publicada bajo el título "Entre la libertad de los antiguos y la de los modernos: la República en el Brasil", en *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 32, No. 3, 1989, pp. 265-280.

¹ Véase Benjamin Constant, *De la liberté chez les modernes*, Textos elegidos, presentados y anotados por Marcel Gauchet, pp. 491-515.

BENJAMIN
CONSTANT
LIBERTAD
DE LOS
ANTIGUOS
VS.
LIBERTAD
DE LOS
MODERNOS
↓
ANTIGUOS:
LIBERTAD
DEL HOM-
BRE PÚBLI-
CO
MODERNOS:
LIBERTAD
PRIVADA

propiedad, de opinión, de religión. La libertad moderna no excluye el derecho de participación política, pero ésta se realiza ahora por medio de la representación y no de la intervención directa. El desarrollo del comercio y la industria impide, argumenta Constant, que las personas dispongan de tiempo para deliberar en la plaza pública, lo que por otro lado tampoco les interesa. Lo que se busca hoy es la felicidad personal, el interés individual; la libertad política tiene la función de garantizar la libertad civil.

La oposición entre los dos tipos de libertad, que es al mismo tiempo la oposición entre dos maneras de concebir la organización política de la sociedad, estuvo también presente en la Revolución Americana de 1776, que optó claramente por la libertad de los modernos. Los republicanos brasileños, que al final del siglo pasado se enfrentaban con el problema de justificar el nuevo régimen, no pudieron eludir este debate. Los temas del interés del individuo y de los grupos, de la nación, de la ciudadanía, encarnados en la idea de república, constituyeron el centro de las preocupaciones de los constructores de la República brasileña. En un país exportador de materias primas e importador de ideas e instituciones, los modelos de república existentes en Europa y América, en especial en los Estados Unidos y Francia, se tomaron una referencia constante para los brasileños. Este capítulo discutirá la manera en que esos modelos fueron interpretados y adaptados a las circunstancias locales por parte de la élite política republicana.

Las dos libertades

El concepto de república era ambiguo para los *founding fathers* de la primera gran república moderna, la de los Estados Unidos de América. Como observó Hamilton, hasta entonces el concepto se había aplicado a formas de gobierno muy distintas. Se había aplicado a Esparta, que poseía un senado vitalicio; a Roma, incluso bajo el gobierno de los reyes; a los Países Bajos, que tenían una nobleza hereditaria;

a Polonia, que tenía aristocracia y monarquía.² República podía significar tanto gobierno libre como gobierno de la ley y gobierno popular. De una cosa, sin embargo, estaban seguros los fundadores, o la gran mayoría de ellos: la base filosófica de la construcción que debían emprender, la base del nuevo pacto político, tenía que ser el predominio del interés individual, de la búsqueda de la felicidad personal. El utilitarismo de Hume era la fuente de inspiración común a todos. Como es sabido, para Hume todos los hombres son bellacos (*knaves*) y sólo pueden ser motivados apelando a sus intereses personales. Se trataba, por lo tanto, de una concepción perfectamente adaptada a la noción de libertad de los modernos descrita por Benjamin Constant. El mundo utilitario es el mundo de las pasiones, o a lo sumo el mundo de la razón al servicio de las pasiones, y no el mundo de la virtud en el sentido antiguo de la palabra.

El utilitarismo, el énfasis en el interés individual, planteaba dificultades para la concepción de lo colectivo, de lo público. La solución más común fue la de definir, simplemente, lo público como la suma de los intereses individuales, del mismo modo que en la famosa fórmula de Mandeville: vicios privados, virtud pública. Para explicar el hecho innegable de que algunas personas en ciertas circunstancias estaban motivadas por razones diferentes al simple interés material, Hamilton recurrió a otra pasión: el amor a la gloria y a la fama, amor capaz de combinar la promoción del interés privado con el interés público. De cualquier modo, lo que aparece en *El federalista*, como observó Stourzh, es la visión de una nación sin patriotas, es la visión de un conjunto de individuos en busca de una organización política que garantizase sus intereses. No hay identidad colectiva, sentimiento de comunidad o de patria.

LA LIBERTAD DE LOS MODERNOS ES INCOMPATIBLE CON EL SENTIMIENTO DE COMUNIDAD O DE PATRIA

² Para el examen del pensamiento de los fundadores de la República americana, me basé en el libro de Gerald Stourzh, *Alexander Hamilton and the Idea of Republican Government*.

EL ÉNFASIS EN EL INDIVIDUO
DERIVÓ EN UNA PREOCUPACIÓN
POR LA ORGANIZACIÓN DE LA
SOCIEDAD

Sin discutir si era correcta la visión de la ausencia de identidad colectiva entre los habitantes de las Trece Colonias, lo cierto es que el énfasis en el individuo llevó a que los fundadores se preocuparan particularmente por los aspectos organizativos de la nueva sociedad. Si no había lazos afectivos de solidaridad se tornaba muy difícil fundar la nueva sociedad política sólo sobre la base del cálculo del interés. Como observa Hannah Arendt en *Sobre la revolución*, en el caso americano la verdadera revolución ya estaba hecha antes de la independencia. La revolución era la nueva sociedad implantada en América. Los fundadores debieron promover la *constitutio libertatis*, la organización de la libertad, más que la declaración de la libertad. Tal vez por eso, también según Hannah Arendt, la Revolución Americana fue la única que no devoró a sus hijos, la de mayor éxito en su institucionalización. El contraste con la Revolución Francesa es nítido. En ésta predominó la declaración de la libertad en perjuicio de su ordenamiento. En los Estados Unidos Montesquieu fue el autor más importante; en Francia, Rousseau. La separación de los poderes como garantía de la libertad, la duplicación del legislativo como instrumento de absorción de las tendencias separatistas y la fuerza dada a la Corte Suprema como elemento de equilibrio fueron las innovaciones institucionales responsables, en gran medida, de la durabilidad del sistema americano. Más adelante veremos cómo estas innovaciones en ingeniería política influyeron sobre algunos republicanos brasileños.

Otro modelo de república era desde luego el francés. Las repúblicas de América Latina, o eran consideradas simplemente derivaciones del modelo americano, o no se calificaban como modelos debido a la turbulencia política que las caracterizaba. Decir modelo francés es incorrecto: había más de un modelo francés como consecuencia de las vicisitudes que atravesó la república en ese país. Por lo menos la Primera y la Tercera República constituían puntos de referencia, naturalmente para públicos distintos.

La imagen de la Primera República se confunde prácticamente con la de la Revolución de 1789, en la cual destaca principalmente la fase

República Jacobina:
Reseda en la libertad
de los antiguos.

jacobina, la dimensión de la participación popular. Esto es, la fase más cercana a la concepción de la libertad al estilo de los antiguos, según Benjamin Constant. Era la república de la intervención directa del pueblo en el gobierno, de los clubes populares, de las grandes manifestaciones, del Comité de Salvación Pública. Era la república de las grandes ideas movilizadoras del entusiasmo colectivo, de la libertad, de la igualdad, de los derechos universales del ciudadano.

Pero estaba también la Tercera República, que había demostrado una razonable capacidad de sobrevivencia. Ciertos trazos de la Tercera República recibieron, naturalmente, la influencia de la tradición liberal de crítica a la Revolución de 1789, incluida la del mismo Benjamin Constant. Ese autor, además, ya había influido abiertamente en la Constitución imperial brasileña cuando ésta adoptó el Poder Moderador, que él llamaba *pouvoir royal*, o *pouvoir neutre*.³ Esa idea, la de un poder por encima del legislativo y el ejecutivo que actuase como juez, como punto de equilibrio del sistema constitucional, podía ser adaptada tanto a las monarquías constitucionales como a las repúblicas. El problema que se planteó Benjamin Constant fue el de la gobernabilidad, el de la conciliación de la libertad y el ejercicio del poder, problema, según él, no resuelto en Francia, ni por la Primera República, que tenía poco gobierno, ni por el Imperio, que tenía poca libertad. Tornar la República gobernable fue una de las principales preocupaciones de los hombres de la Tercera República. Sin embargo, para los republicanos brasileños Constant no podía ser una fuente de inspiración ya que estaba demasiado ligado a la tradición imperial.

El modelo de la Tercera República, o mejor, una variante suya, llegó al Brasil, principalmente, por intermedio de esa curiosa raza de pensadores que fueron los positivistas, de éste y del otro lado del

³ El concepto de *pouvoir royal* fue desarrollado en *Principles de politique*, publicado en 1819 e incluido en la selección de Marcel Gauchet citada.

MODELO DE LA
TERCERA REPÚBLICA:
ASOME EL PROBLEMA
DE LA GOBERNABILIDAD

→ POSITIVISTAS

POSITIVISTAS { LAFFITTE — ORTHODOXES — DICTADURA REPUBLICANA (COMTE)
LITTRÉ — NO ORTHODOXES

Atlántico. La transmisión fue favorecida por la estrecha relación que tenían los positivistas franceses con los políticos de la Tercera República, algunos de ellos positivistas declarados, como Gambetta y Jules Ferry, del llamado grupo de los "oportunistas". La misma expresión "oportunistas" fue acuñada por Littré, el líder de los positivistas no ortodoxos. Uno de los puntos de vista centrales del pensamiento político de los positivistas, expresado en el lema "Orden y Progreso", coincidía con el de Benjamin Constant, esto es, hacer de la República un sistema viable de gobierno, o, en la frase de Jules Ferry: "La République doit être un gouvernement".⁴

Había divergencias respecto de la manera de hacer de la República un gobierno. Dentro del propio positivismo estaban los ortodoxos del grupo de Laffitte, que no aceptaban el parlamentarismo adoptado por la Constitución francesa de 1875 y se impacientaban con la demora en llevar a cabo la ruptura de las relaciones entre la iglesia y el estado y con la timidez de las políticas educacionales. Los ortodoxos adoptaban también la idea de dictadura republicana desarrollada por Comte. El grupo de Littré aceptaba el parlamentarismo, habiendo sido él mismo electo senador, y admitía compromisos en torno de cuestiones importantes, como la de las relaciones entre el estado y la iglesia, en nombre del oportunismo —esto es, en términos positivistas, en nombre de la necesidad de aguardar el momento sociológico adecuado para intervenir—. De cualquier modo, todos, ortodoxos y heterodoxos, se inspiraban políticamente en el *Appel aux conservateurs* que Comte publicó en 1855. En ese texto el concepto de conservador proviene de su visión particular de la Revolución, que intenta escapar, por un lado, del jacobinismo robespierrista, rousseauiano, llamado metafísico, y, por el otro, del reaccionario restauracionismo clerical. Es conservador,

⁴ Para la discusión de la idea de república en Francia tomé el excelente trabajo de Claude Nicolet, *L'idée républicaine en France (1789-1924)*. Las relaciones entre el positivismo y la Tercera República son tratadas en el capítulo IV de esa obra.

según la visión de Comte, aquel que consigue conciliar el progreso traído por la Revolución con el orden necesario para activar la transición hacia la sociedad normal, o sea, hacia la sociedad positivista basada en la Religión de la Humanidad.

La ortodoxia positivista se separaba de las ideas de Benjamin Constant en un punto fundamental: el rechazo al gobierno parlamentario. La divergencia era relevante para los republicanos brasileños. Comte tomó su idea de dictadura republicana tanto de la tradición romana como de la experiencia revolucionaria de 1789, ambas relacionadas, por otro lado. La expresión implica al mismo tiempo la idea de un gobierno discrecional de salvación nacional y la idea de representación, de legitimidad. No se trata de despotismo. Para Comte, Danton fue un dictador republicano y Robespierre un déspota. Pero la idea es ambigua, en la medida en que en el *Appel aux conservateurs* presenta al legitimista Carlos X como la mejor encarnación del dictador republicano.

Sea cual fuere el contenido preciso de la expresión, sus consecuencias para la idea de representación y para la organización política republicana son relevantes. La idea de representación depositada en la figura del dictador se aproxima a la de representación simbólica, o de representación virtual. En estas dos acepciones el representante se sitúa en el lugar del representado, en relación con el cual posee gran independencia.⁵ El dictador republicano sería, por ejemplo, vitalicio y podría designar a su sucesor. Aun cuando teóricamente debe representar a las masas, en la práctica puede distanciarse de ellas. En realidad, el buen dictador comteano es el que conduce a las masas. En el espíritu del *Appel aux conservateurs* la dictadura monocrática, republicana, conservadora, tiene el sentido evidente de un gobierno del orden cuya tarea es realizar *d'en haut* la transición hacia la sociedad positiva. La dictadura republicana aparece así como algo bien cerca-

⁵ Hasta hoy, la mejor discusión sobre el concepto de representación, y en la que me baso aquí, es la de Hannah Fenichel Pitkin, *The Concept of Representation*.

no al concepto de modernización conservadora difundido por Barrington Moore.⁶

El positivismo, especialmente en la versión de Laffitte, poseía otro trazo que lo hacía relevante para la discusión de la situación brasileña. Ya vimos el ideal hamiltoniano de una nación sin patriotas, al cual se oponía la visión rousseauiana con su énfasis en lo colectivo, en la idea de virtud cívica, de hombre público. El comtismo introdujo una variante entre esas dos vertientes. Como es sabido, luego del encuentro de Comte con Clotilde de Vaux en 1845, la obra de aquél sufrió una transformación profunda. Los elementos religiosos pasaron a predominar sobre los aspectos científicos, el sentimiento fue colocado por encima de la razón, la comunidad por encima del individuo. Según su propia confesión, Comte comenzó a unir el instinto social de los romanos (la virtud cívica) con la cultura afectiva de la Edad Media, presente en las tradiciones del catolicismo. De ese modo, escapaba completamente del individualismo pero sin colocar en su lugar la voluntad general de Rousseau. Para Comte, individualismo y voluntad general eran nociones metafísicas. El comtismo introduce las formas de vida comunitaria, la familia, la patria y, como culminación del proceso evolutivo, la humanidad (que Comte escribía con *h* mayúscula).

El énfasis dado por Comte a la noción de patria es especialmente relevante. La patria es la mediación necesaria entre la familia y la humanidad, es la mediación necesaria para el desarrollo del instinto social. Para cumplir tal función debe constituir una verdadera comunidad de convivencia, y para ello, en consecuencia, no puede tener un territorio excesivamente grande. La patria perfecta debe tener como característica los dones femeninos del sentimiento y el amor. La patria buena será la patria. Esta visión, si bien era incompatible con la idea de nación sin patriotas, eludía al mismo tiempo el comunitarismo de

⁶ Véase Barrington Moore, Jr., *As origens sociais da ditadura e da democracia. Senhores e camponeses na construção do mundo moderno.*

Rousseau, que poseía elementos contractuales y, por lo tanto, trazos de individualismo. El ciudadano positivista no actúa en la plaza pública, no delibera sobre las cuestiones públicas; se pierde en las estructuras comunitarias que lo absorben totalmente.

Así, había por lo menos tres modelos de república a disposición de los republicanos brasileños. Dos de ellos, el americano y el positivista, si bien partían de premisas totalmente distintas, terminaron haciendo hincapié en los aspectos organizativos del poder. El tercero colocó a la intervención popular como fundamento del nuevo régimen, desdénando los aspectos referidos a la institucionalización. Es verdad que la idea de dictadura republicana fue usada por los dos modelos franceses, pero mientras que en la versión jacobina permaneció vaga, los positivistas detallaron el papel del dictador, del congreso, las normas electorales, la política educacional, etcétera.

Los políticos imperiales ya habían adoptado ideas e instituciones norteamericanas y europeas. Incluso antes de la independencia del país, las rebeliones coloniales se inspiraron ya sea en la Revolución Americana, ya sea en la Francesa. Importar modelos, o inspirarse en ejemplos externos, no era, entonces, una exclusividad de los republicanos brasileños. Los mismos *founding fathers* buscaron inspiración en ideas e instituciones de la Antigüedad, el Renacimiento, la Inglaterra y la Francia contemporáneas. La Revolución Francesa, a su vez, tuvo como puntos de referencia los clásicos y el modelo americano. El fenómeno de buscar modelos externos es universal. Esto no significa, entretanto, que no sea útil para entender una sociedad particular. Qué ideas adoptar, cómo adoptarlas, qué adaptaciones hacer, todo eso puede ser revelador de las fuerzas políticas y de los valores predominantes en la sociedad importadora.

La herencia imperial

El Imperio brasileño realizó una ingeniosa combinación de elementos importados. En la organización política se inspiró en el constituciona-

lismo inglés, vía Benjamin Constant. Mal o bien, la monarquía brasileña ensayó un gobierno de gabinete con partidos nacionales, elecciones, prensa libre. En materia administrativa la inspiración provino de Portugal y Francia, pues eran los países que más se acercaban a la política centralizadora del Imperio. El derecho administrativo francés era particularmente atractivo para el sesgo estatista de los políticos imperiales.⁷ Por último, incluso ciertas fórmulas angloamericanas, como la justicia de paz, el jurado y una descentralización provincial limitada, sirvieron de referencia cuando el peso de la centralización provocó reacciones más fuertes.

Todas esas importaciones fueron eficaces para un objetivo central: la organización del estado en sus aspectos político, administrativo y judicial. Se trataba, ante todo, de garantizar la sobrevivencia de la unidad política del país, de organizar un gobierno que mantuviese la unión de las provincias y el orden social. Sólo al final del Imperio comenzaron a ser discutidas cuestiones relacionadas con la formación de la nación, con la redefinición de la ciudadanía. A pesar de que en el inicio de la vida independiente brasileña uno de los principales políticos de la época, José Bonifácio, ya hubiese llamado la atención hacia el problema de la formación de la nación, mencionando en particular las cuestiones de la esclavitud y la diversidad racial, todo eso quedó en un segundo plano, pues la tarea más urgente que se debía cumplir era la de la sobrevivencia pura y simple del país.

Después de la consolidación de la unidad política, lograda alrededor de la mitad del siglo, el tema nacional volvió a ser planteado, inicialmente en la literatura. *El guaraní*, de José de Alencar, novela

⁷ La influencia del derecho administrativo francés es transparente en el principal libro sobre la organización política escrito en el Imperio. Se trata del *Ensaio sobre o direito administrativo*, del vizconde de Uruguai. Las contradicciones de la política francesa permitieron que la influencia de ese país se ejerciera tanto sobre los radicales como sobre los conservadores. El vizconde de Uruguai fue el pensador más significativo del conservadurismo monárquico.

publicada en 1857, buscaba, dentro del estilo romántico, definir una identidad nacional ligando simbólicamente a una joven rubia portuguesa y un cobrizo jefe indígena. La unión de las dos razas en un ambiente de exuberancia tropical, lejos de las marcas de la civilización europea, señaló un primer intento por esbozar lo que serían las bases de una comunidad nacional con identidad propia. En el ámbito político la temática nacional sólo fue retomada cuando llegó el momento de enfrentar el problema de la esclavitud y su correlato, la inmigración extranjera. Estos problemas implicaban también el de la centralización política, en la medida en que afectaban de diferente forma a las diversas provincias. Los republicanos debieron enfrentar esos desafíos. Más todavía, en gran parte la opción por la república y el modelo de república escogido se relacionaron con la solución deseada para tales problemas.

La monarquía abolió la esclavitud en 1888. Sin embargo, la medida respondió más a la necesidad política de preservar el orden público amenazado por la fuga en masa de los esclavos y a la necesidad económica de atraer mano de obra libre para las regiones cafetaleras. El problema social de la esclavitud—el problema de la incorporación de los ex esclavos a la vida nacional y, más aún, a la propia identidad de la nación—no fue resuelto y a duras penas comenzaba a ser enfrentado. Los abolicionistas más lúcidos, los reformistas monárquicos, propusieron medidas en esa dirección, como la reforma agraria y la educación de los libertos. Pero en el corto período de un año transcurrido entre la Abolición y la República nada fue hecho, pues el gobierno imperial gastó casi toda su energía resistiendo a los ataques de los ex propietarios de esclavos que no se conformaban con la abolición sin indemnización.

Por otro lado, el Imperio había enfrentado el problema de la redefinición de la ciudadanía de una manera que dificultó la incorporación de los libertos. La ley electoral de 1881, que introdujo el voto directo en una vuelta, con el pretexto de moralizar las elecciones, redujo drásticamente la participación electoral. Al exigir que los electores supieran leer y escribir, redujo el electorado, que era un 10% de la po-

blación, a menos de 1% en una población de cerca de 14 millones. Si el gobierno imperial contó con las simpatías populares, incluida la de la población negra, esto obedeció antes al simbolismo de la figura paternal del rey que a la participación real de esa población en la vida política del país.

La opción republicana

Sustituir un gobierno y construir una nación, ésa era la tarea que debían enfrentar los republicanos. Ellos la enfrentaron de manera diversificada, de acuerdo con la visión que cada grupo republicano tenía de la solución deseada. Esquemáticamente, pueden distinguirse tres posiciones.

TRIN POSICIONES

MEC DE LOS
REPUBLICANOS

PROPIETARIOS
RURALES
PAULISTAS

BUSCABAN
INDEPENDEN
CIA PARA EL
COMERCIO

DEL CAFÉ

↓

OTRABAN

POR LA

OPCIÓN

LIBERAL

FEWENTAN

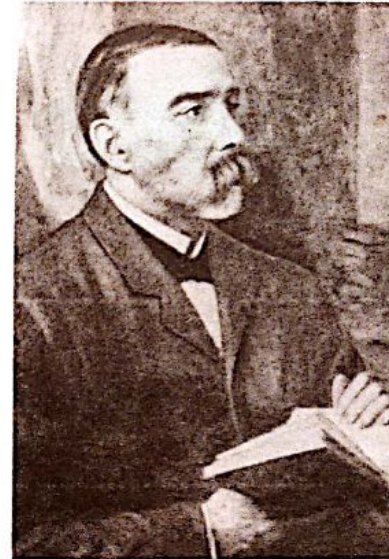
TA AME-

RICANA

La primera era la de los propietarios rurales, especialmente la de los propietarios paulistas. En San Pablo existía, desde 1873, el partido republicano más organizado del país, formado principalmente por propietarios. La provincia había experimentado el auge de la expansión del café y se sentía asfixiada por la centralización monárquica. Para esos hombres, la república ideal era sin duda la del modelo americano.

Les resultaba conveniente la definición individualista del pacto social, que evitaba la convocatoria a la participación popular amplia tanto en la implantación como en el gobierno de la República. Más todavía, la definición del público como la suma de los intereses individuales les ofrecía un justificativo para la defensa de sus intereses particulares. La versión del final del siglo XIX de la postura liberal fue el darwinismo social, absorbido en el Brasil a través de Spencer, el inspirador del principal teórico paulista de la República, Alberto Sales.

También les resultaba conveniente la prioridad dada por el modelo americano a la cuestión de la organización del poder, no sólo por pertenecer a la tradición del país sino, principalmente, por un interés en el orden social y político que es característico de una clase de ex señores de esclavos. Les convenía, de modo especial, la solución federa-



1. Alberto Sales,
ideólogo de la república liberal.

lista americana. Para los republicanos de San Pablo, de Minas Gerais y de Rio Grande do Sul, tres de las principales provincias del Imperio, el federalismo era quizá el aspecto más importante que buscaban en el nuevo régimen. El sistema bicameral formaba parte de la solución federalista.

El modelo americano en buena medida victorioso en la Constitución de 1891, que respondía a los intereses de los propietarios rurales, cobró un sentido profundamente diferente al que tuvo en los Estados Unidos. Allí, como recordó Hannah Arendt, la revolución había ocurrido antes: estaba en la nueva sociedad igualitaria formada por los colonos. El interés por la organización del poder, como vimos, fue antes la consecuencia de la casi ausencia de jerarquías sociales. En el

Brasil no hubo una revolución previa. A pesar de la abolición de la esclavitud, la sociedad se caracterizaba por desigualdades profundas y por la concentración del poder. En esas circunstancias, el liberalismo adquirió el carácter de consagración de la desigualdad, de sanción de la ley del más fuerte. Acoplado al presidencialismo, el darwinismo republicano tuvo en sus manos los instrumentos ideológicos y políticos para establecer un régimen profundamente autoritario.

② PEQUEÑOS
PROPIETARIOS
PROFESIONALES
Y PERIODISTAS

↓
MODELO
JACOBINO

Éste no era, sin duda, el modelo más apto para otros adversarios de la monarquía. Existía un sector de la población urbana, formado por pequeños propietarios, profesionales liberales, periodistas, profesores y estudiantes, para el cual el régimen imperial aparecía como limitador de las oportunidades de trabajo. Digo "aparecía" porque la lentitud del sistema imperial, incluso en promover la abolición, la excesiva centralización, la longevidad de algunos segmentos de la élite política (de los senados vitalicios, por ejemplo) eran vistas como la causa de los problemas, cuando la causa estaba en otros factores (como la misma esclavitud, que limitaba el mercado de trabajo). Ocurre que la propia valoración de la Monarquía estuvo condicionada por las ideas republicanas. La versión jacobina, en particular, tendió a proyectar sobre la Monarquía brasileña los mismos vicios del Ancien Régime francés, por más incomparables que fuesen ambas realidades. Se veía en el Imperio brasileño, por ejemplo, el atraso, el privilegio, la corrupción, aun cuando el emperador fue uno de los mayores promotores del arte y la ciencia, aun cuando la nobleza fue sólo nominal y no hereditaria, aun cuando el índice de moralidad pública fue tal vez el más alto de la historia independiente del Brasil. Pero las acusaciones eran hechas probablemente de buena fe, formaban parte de la creencia republicana.

Para esas personas la solución liberal ortodoxa no era atractiva, ya que no controlaban los recursos de poder económico y social capaces de situarlas en una posición ventajosa dentro de un sistema de libre competencia. Se sentían más atraídas por las invocaciones abstractas en favor de la libertad, la igualdad, la participación, a pesar de que no siempre se percibiese con claridad la manera en que tales invocacio-



Zélio de Castro Alves,
predicador de la república jacobina.

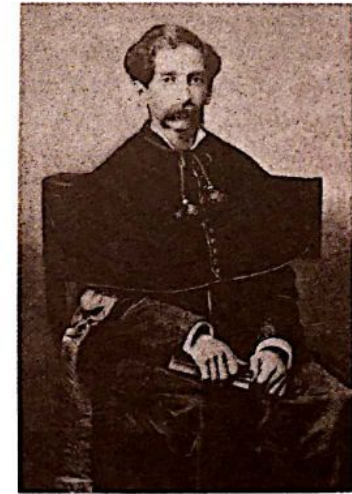
nes podrían ser realizadas. La propia dificultad en visualizar su realización llevaba a permanecer en el nivel de las abstracciones. La idea de pueblo era abstracta. Muchas de las referencias eran casi simbólicas. Los radicales de la República hablaban de la revolución (querían incluso que ésta llegase en el centenario de la gran Revolución de 1789), hablaban del pueblo en las calles, pedían la muerte del príncipe consorte de la heredera del trono (¡era un noble francés!), cantaban la *Marsellesa* por las calles. Pero, en el caso de que se intentara una revolución del tipo pretendido, el pueblo que en París salió a tomar la Bastilla y a guillotinar reyes no habría aparecido. Las simpatías de las clases peligrosas de Río de Janeiro se orientaban más hacia la Monarquía. La igualdad jacobina del ciudadano fue aquí de inmediato

adaptada a las jerarquías locales: estaban el ciudadano, el ciudadano-doctor e incluso el ciudadano-doctor-general.

Debido a la propia inaceptabilidad de esa solución, los partidarios de la libertad a la antigua formaban un grupo pequeño, pero agresivo. La mayoría de ese grupo de descontentos percibía la dificultad, si no la imposibilidad, de hacer la república en la plaza pública. Para ellos era bien evidente la importancia del estado. Estaban en contra del régimen monárquico, no en contra del estado. El estado era el medio más eficaz de conseguir sus objetivos. Como el abolicionista Joaquim Nabuco, percibieron que la esclavitud era en el Brasil la sombra del estado, pero que sin el estado sería difícil terminar con ella. Si bien no les interesaba la solución americana, tampoco querían la jacobina. Era necesario otro tipo de salida.

La versión positivista de la república, en sus diversas variantes, ofrecía esa salida. El arsenal teórico positivista contaba con armas muy eficaces. En primer lugar, la condena de la Monarquía en nombre del progreso. Según la ley de los tres estados, la Monarquía correspondía a la fase teológico-militar, que debía ser superada por la fase positiva, cuya mejor encarnación era la república. La separación de la iglesia y el estado era también una demanda atractiva para ese grupo, en particular para los profesores, estudiantes y militares. Asimismo, la idea de dictadura republicana, la propuesta de un ejecutivo fuerte e intervencionista, se adecuaba bien a sus intereses. Progreso y dictadura, el progreso mediante la dictadura, mediante la acción del estado: he ahí un ideal del despotismo ilustrado con profundas raíces en la tradición lusobrasileña desde los tiempos pombalinos del siglo XVIII. Por último, la propuesta positivista de incorporación del proletariado a la sociedad moderna, de una política social que debía ser implementada por el estado, tenía más credibilidad que la invocación abstracta al pueblo y abría el camino a la idea republicana entre la clase trabajadora, especialmente la estatal.

Esa visión atrajo particularmente a los militares. El hecho es sumamente irónico, en la medida en que, de acuerdo con las tesis positivistas,



3 y 4. Miguel Lemos y Teixeira Mendes, apóstoles de la república sociocrática positivista.

tas, un gobierno militar sería un retroceso social. Son las sorpresas que vuelven interesante el fenómeno de la adaptación de ideas. Los militares tenían una formación técnica, en oposición a la formación literaria de la élite civil, y por ello se sentían muy atraídos por el énfasis positivista en la ciencia, en el desarrollo industrial. Por otro lado, por ser parte del propio estado, no podían prescindir de él como instrumento de acción política. La idea de dictadura republicana tenía una fuerte resonancia para ellos, no obstante que en América Latina pudiese asociarse peligrosamente con la defensa del caudillismo militar, y en rigor así fue vista por observadores extranjeros, especialmente europeos, durante los dos gobiernos que iniciaron la República.

Por razones históricas específicas, el modelo positivista sedujo también a los republicanos de Rio Grande do Sul. La tradición militar de

la región, el hecho de que los republicanos fuesen allí una minoría que necesitaba disciplina y cohesión para imponerse, la menor complejidad de la sociedad local en comparación con San Pablo y Río de Janeiro contribuyeron quizá para la adhesión más intensa a las ideas políticas del positivismo. Más que ninguna otra, la Constitución del estado de Rio Grande do Sul incorporó elementos positivistas, en particular en lo referido a la predominancia del Ejecutivo, al Legislativo unicameral y de carácter presupuestario, a la ausencia de la invocación a Dios, sustituido por el trinomio Familia, Patria, Humanidad, a la política educacional y social.⁸

La ciudadanía y la "estadanía"

Con excepción de unos pocos radicales, los diversos grupos que buscaron en los modelos republicanos la salida de la Monarquía terminaron por enaltecer el estado, incluidos los que partían de premisas liberales. Esto obedecía, en gran parte, a la larga tradición estatista del país, herencia portuguesa reforzada por la élite imperial. Además, la sociedad "esclavócrata" abría pocos espacios ocupacionales, lo que obligaba a los marginados a recurrir directamente al empleo público o a la intervención del estado para abrir perspectivas de carrera. Licenciados sin empleo, militares insatisfechos con los bajos salarios y los magros presupuestos, trabajadores del estado en búsqueda de una legislación social, migrantes urbanos en búsqueda de empleo, todos terminaban mirando hacia el estado como tabla de salvación. La inserción de todos ellos en la política se daba más a través de la puerta del estado que por la afirmación de un derecho de ciudadano. Se trataba de una inserción que se podría llamar con mayor precisión de "estadanía".

⁸ Sobre el positivismo en Rio Grande do Sul, véase Paulo Carneiro (comp.), *Idéias políticas de Júlio de Castilhos*.

Ya fueron mencionados los obstáculos sociales a la solución jacobina. El punto merece ser tratado de forma más extensiva. El ejercicio de la libertad de los antiguos exigía la posesión de la virtud pública por parte de los ciudadanos, esto es, la posesión del interés en el bien público. Ese interés se veía amenazado cada vez que crecían las oportunidades de enriquecimiento, pues entonces surgía la ambición y se desarrollaba la desigualdad social. La virtud republicana es una virtud espartana. Ya percibido por Maquiavelo, el tema fue retomado en las vísperas de la creación de las repúblicas modernas. En Francia, Montesquieu y, especialmente, Mably vieron que cierta igualdad social era la condición de la virtud cívica. Mably pensaba que sólo Suiza poseía tal condición, y que los Estados Unidos ya estaban corrompidos por la desigualdad. Jefferson, el más "antiguo" de los *founding fathers*, también dudaba respecto de las posibilidades de la vigencia de la virtud republicana en los Estados Unidos debido al avance del comercio y la industria, fuentes de corrupción. Para esa visión, el patriota es casi incompatible con el hombre económico, la ciudadanía incompatible con la cultura.⁹ Ésa fue, también, la posición de Benjamin Constant, para quien el desarrollo del comercio y de la industria era la causa fundamental de la inadecuación de la libertad antigua al mundo moderno.

Ahora bien, además de haber surgido en una sociedad profundamente desigual y jerarquizada, la República brasileña fue proclamada en un momento de intensa especulación financiera, causada por las grandes emisiones de dinero hechas por el gobierno para responder a las necesidades generadas por la abolición de la esclavitud. La fiebre especulativa afectó de modo especial a la capital del país, centro de los acontecimientos que condujeron a la República. En vez de la agitación del Tercer Estado, la República brasileña nació en medio de la agitación de los especuladores, agitación que no hizo más que aumen-

⁹ Véase la discusión sobre este tema en J. G. A. Pocock, "Civic Humanism and its Role in Anglo-American Thought", en *Politics, Language and Time*, pp. 80-103.

tar debido a la continuación de la política de emisiones. El espíritu de especulación, de enriquecimiento personal a cualquier costo, denunciado ampliamente en la prensa, en la tribuna, en las novelas, le daba al nuevo régimen una marca incompatible con la virtud republicana. En esas circunstancias, ni siquiera se podría hablar de una definición utilitarista del interés público como la suma de los intereses particulares. Simplemente, no hubo ninguna preocupación con lo público. Predominaba la mentalidad predatoria, el espíritu del capitalismo sin la ética protestante.

Durante el segundo gobierno militar, la fase jacobina de la República, hubo reacciones a esa situación. No casualmente, ese gobierno se destacó por el combate a los especuladores y los banqueros. La imagen más popular del mariscal Floriano Peixoto era la de guardián del Tesoro, una pálida versión tropical del Robespierre de los tiempos del Comité de Salvación Pública, llamado el Incorruptible. Pero la reacción duró poco. La corrupción y los negociados volvieron a caracterizar al nuevo régimen, de modo tal que el antiguo, acusado antes de corrupto, apareciese como símbolo de austeridad pública. Las representaciones de la República en las caricaturas de la época muestran el rápido deterioro de la imagen del régimen. De la clásica figura de la austera matrona romana se pasa rápidamente a la cortesana renacentista. No se trataba sólo de la imagen. Un ministro de Hacienda fue acusado, en el cambio de siglo, de haber hecho reproducir el retrato de su amante, como representación de la República, en un billete del Tesoro.

Las dificultades de la implantación, ya sea de una república a la antigua, ya sea de una república moderna en el Brasil, constituían una preocupación para los intelectuales de la época, especialmente los republicanos. El punto central del debate era la relación entre lo privado y lo público, el individuo y la comunidad. Varios pensadores identificaron en la ausencia del individualismo anglosajón el factor explicativo de la incapacidad brasileña para organizar la sociedad política. El teórico republicano Alberto Sales, luego de desencantarse rápidamente con el nuevo régimen, afirmaba que los brasileños eran

muy sociables pero muy poco solidarios, esto es, podían convivir en pequeños grupos pero eran incapaces de organizarse en sociedad. Según él, era exactamente la valorización del individuo la que daba a los americanos la capacidad de organizarse que tanto había admirado a Tocqueville. En la misma línea, Sílvio Romero se valió de un autor francés, Edmond Demoulin, para caracterizar la psicología brasileña como de naturaleza comunitaria, en oposición a la psicología individualista de los anglosajones. Sílvio Romero extrajo de esa distinción la misma consecuencia que Alberto Sales: la ausencia entre los brasileños del espíritu de iniciativa, de la conciencia colectiva, la excesiva dependencia del estado, el predominio de lo que Demoulin definía como política alimentaria.¹⁰

Incluso un positivista como Aníbal Falcão formuló la antinomia en los mismos términos. La diferencia es que Falcão, como buen positivista, colocaba la valoración positiva del lado brasileño. La tradición brasileña, o ibérica en general, destacaba los aspectos integradores, participativos, afectivos. La tradición anglosajona era individualista, egoísta, materialista, conflictiva. El futuro de la humanidad está en la primera tradición. En política, según Falcão, el individualismo lleva a la dispersión y al conflicto, al paso que el comunitarismo lleva a la dictadura de naturaleza integradora.¹¹

El debate podría rastrearse hasta la actualidad, y basta señalar que fue recientemente retomado por Richard M. Morse.¹² Según Morse, un severo crítico de la cultura anglosajona, la cultura ibérica lleva hoy la marca de la integración, de la incorporación, del predominio

¹⁰ Retomo aquí parte de la discusión hecha en José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, pp. 140-160. Véase Edmond Demoulin, *A quoi tient la supériorité des Anglo-saxons*; Alberto Sales, "Balanço político-necessidade de uma reforma constitucional", *O Estado de S. Paulo*, 18/7/1901 y 25/7/1901, y Sílvio Romero, *O Brasil social*.

¹¹ Aníbal Falcão, *Fórmula da civilização brasileira*.

¹² Richard M. Morse, *O espelho de Próspero. Cultura e idéias nas Américas*.

del todo sobre el individuo. Esta tradición provendría de una opción tomada por España en el umbral de la Edad Moderna por la visión tomista del estado y la sociedad, visión en la que predominan la noción de comunidad y la concepción del estado como instrumento para la promoción del bien común.

Esta concepción, es fácil verificarlo, se aproxima a la de Aníbal Falcão y a la de los positivistas ortodoxos en general. No casualmente, Comte decía haberse inspirado en las tradiciones cristianas de la Edad Media. Las propuestas concretas de los positivistas, y no sólo sus posiciones filosóficas, también se orientaron a promover la integración, comenzando por su demanda básica de incorporación del proletariado a la sociedad. Preferentemente, esa incorporación debía realizarse mediante el reconocimiento, por parte de los ricos, del deber de proteger a los pobres, mediante cambios de mentalidad, y no por el conflicto de clases. Otras propuestas concretas fueron en la misma dirección no conflictiva: la abolición de la esclavitud por el gobierno, la defensa de los indios, la oposición a las leyes contra la vagancia. Incluso la transición republicana debía ser realizada de manera suave: los ortodoxos querían que el emperador tomase la iniciativa de proclamarse dictador republicano.

Sin embargo, a pesar de la admirable dedicación de los ortodoxos, sus propuestas tuvieron un efecto limitado y pasajero. La propuesta de integración con los valores comunitarios, hecha en un contexto de extrema desigualdad social, de lucha intensa por el poder, de especulación desenfrenada, caía en el vacío. Algunas propuestas, como las referidas a la exaltación del papel de la mujer y de la familia, formaban parte sin duda de una tradición cultural arraigada. Pero sus efectos eran antes de naturaleza conservadora, en la medida en que reforzaban el patriarcalismo vigente. La propuesta de hacer del estado, por medio de la dictadura republicana, un agente del bien común, un promotor de políticas sociales, un preparador de la sociedad positivista basada en la armonía de las relaciones sociales, reforzaba, en el mejor de los casos, el paternalismo gubernamental. En el peor, termi-

naba llevando agua para el molino del autoritarismo tecnocrático, con o sin militares.

La dificultad brasileña con los dos modelos de libertad, la de los antiguos y la de los modernos, residía tal vez en la ausencia de un elemento que esos modelos no consideraban teóricamente pero que, en realidad, era una parte importante, o incluso una premisa, para el funcionamiento de ambos. Para que la república antigua funcionase, para que los ciudadanos aceptasen la libertad pública a cambio de la libertad individual; para que la república moderna funcionase, para que los ciudadanos renunciasen en buena medida a ejercer su influencia en los asuntos públicos en favor de la libertad individual, para ello quizá fuese necesaria la existencia anterior del sentimiento de comunidad, de identidad colectiva, que antiguamente podía ser el sentimiento de pertenecer a una ciudad y que en la modernidad es el de pertenecer a una nación. Es posible preguntarse si la república sin patriotas de Hamilton podía sobrevivir sin ese sentimiento, más allá de todo el aparato institucional inventado por los fundadores. Es posible igualmente preguntarse si, en el caso francés, hubiese sobrevivido algo de la experiencia revolucionaria, un fenómeno que movilizaba pero que también dividía a la sociedad, sin el sentimiento de nación despertado por las guerras externas y por la cruzada civilizatoria que los soldados franceses creyeron estar realizando en Europa. El sentido de identidad es, entonces, el cimiento común a los dos modelos. En sí mismo no es suficiente para fundar una comunidad política, ya que ignora el hecho universal de la diversidad y del conflicto. Aquí se encuentra, probablemente, el equívoco de la propuesta del positivismo ortodoxo. Pero, también, sin ese sentido los dos modelos se desintegrarían.

Ese sentimiento no existía en el Brasil del comienzo de la República. Había, sin duda, algunos elementos que forman parte de una identidad nacional, como la unidad de la lengua, de la religión e incluso la unidad política. La guerra contra el Paraguay en la década de 1860 produjo, por cierto, un inicio de sentimiento nacional, pero muy limitado debido a las complicaciones impuestas por la presencia de la es-

EL SENTIDO
DE IDENTI-
DAD ES EL
AGUJERÓN
DE UN
LOS DOS
REPÚBLICA

clavitud. La resistencia al reclutamiento era generalizada, y muchos liberaban a sus esclavos para que éstos luchasen en su lugar. En la República el jacobinismo intentó movilizar al patriotismo en Río de Janeiro. Pero esa movilización terminaba produciendo más división que unidad. El blanco principal de los ataques jacobinos fueron los portugueses, que constituían el 20% de la población de la ciudad. Eran portugueses muchos comerciantes y banqueros, pero también muchos trabajadores, que se vieron, así, excluidos de la República jacobina. Un poco más tarde, el movimiento anarquista atacó explícitamente la idea de patria, a la que consideraban un instrumento de dominación de los patrones, un instrumento de control de los mercados y de la división de la clase obrera.

La búsqueda de una identidad colectiva para el país, de una base para la construcción de la nación, sería la tarea perseguida por la generación intelectual de la Primera República (1889-1930). Se trató, en realidad, de una búsqueda de las bases para la redefinición de la República, para el establecimiento de un gobierno republicano que no fuese una caricatura de sí mismo. Porque el desencanto con la obra de 1889 fue general. Los propagandistas y los principales participantes del movimiento republicano percibieron rápidamente que no se trataba de la república de sus sueños. En 1901, cuando su hermano ejercía la presidencia de la República, Alberto Sales publicó un ataque virulento en contra del nuevo régimen, al que consideraba corrupto y más despótico que el gobierno monárquico. Tal vez, la formulación más fuerte del desencanto fue expresada por Alberto Torres, en la segunda década del siglo: "Este estado no es una nacionalidad; este país no es una sociedad; esta gente no es un pueblo. Nuestros hombres no son ciudadanos".¹³

¹³ Véase Alberto Torres, *A organização nacional*, p. 297.

2) Las proclamaciones de la República*

MITOS SOBRE EL ORIGEN

Es posible pensar si la historia no será en gran medida una novela hecha por los historiadores.

Tobias Monteiro¹

Aún no había transcurrido un mes desde la proclamación de la República cuando el encargado de negocios de Francia en Río de Janeiro, Camille Blondel, tomó nota de la intención de los vencedores del 15 de noviembre de construir una versión oficial de los hechos destinada a la historia. Se pretendía, según Blondel, ampliar al máximo el papel de los actores principales y reducir al mínimo la parte azarosa de los acontecimientos.² El diplomático había percibido un fenómeno común a los grandes acontecimientos: la batalla por la construcción de una versión oficial de los hechos, la lucha por el es-

* Una versión resumida de este capítulo fue publicada en *Ciência Hoje*, 59, noviembre de 1989, pp. 26-33.

¹ Véase Tobias Monteiro, *Pesquisas e depoimentos para a história*, p. 6.

² Blondel a Spuller, Río de Janeiro, 4/1/1890. Quai d'Orsay, *Correspondance politique, Brésil, 1871-1896*.